

resolverse a puerta cerrada, porque el bocado es difícil de tragar. El Presidente había llegado ya a las vías de hecho con aquella «expedición punitiva» de tristísima memoria, que paró en ridículo fracaso. Por todo lo cual, según Turner, la conducta anterior de Wilson no garantiza en modo alguno la inmunidad de Méjico. Y más cuando los hombres de Wall Street, desesperados de buscar salida a sus deseos por otros caminos menos riesgosos (léase: haciendo pelear entre sí a los distintos bandos de Méjico) piden, urgentemente, un ejército de ocupación en el país vecino.

¿Quién puede, pues, impedir la guerra con Méjico? Sólo la opinión—concluye Turner—sólo la opinión, al optar entre el respeto a los derechos nacionales y... «esa otra cosa que Wilson declaraba muerta para siempre, cuando presentaba al Congreso los términos del Armisticio».

Como se ve, la causa de Méjico, a mediados del año pasado se confundía ya, para la prensa avanzada de los Estados Unidos, con la Buena Causa. (El *Liberator* fué suprimido más tarde).

Ya en Diciembre de 1919 las cosas se han definido con mayor claridad, y *The New Republic* consagra un editorial, que es un buen estudio de la situación, a exponer «lo que costará la guerra con Méjico».

El editorialista da por supuesto que la guerra con Méjico se puede llevar a cabo sin arriesgar la unidad nacional y sin llegar a la desesperación social; pero se propone hacer a tiempo la cuenta de gastos, ahora que la guerra no pasa de ser un sueño de Hearst, Doheny, Fall y Compañía. Y concluye: contra lo que suponen los propagandistas, la guerra no será fácil, breve ni barata; la guerra afectará definitivamente la posición moral de los Estados Unidos ante el mundo; y en el interior, la guerra hará todavía mayor la división entre los diferentes grupos económicos, que —puede decirse— han comenzado ya la lucha desesperada.

Y, ante todo, ¿qué justificación tiene la guerra?

«A nadie—dice *The New York Republic*—a nadie convenceremos nunca de que Méjico puede ser una amenaza para nuestra seguridad nacional. La supuesta razón de que Méjico haya conspirado con nuestros probables enemigos europeos o asiáticos para invadirnos por el Sur, pasará a la misma categoría de la supuesta razón de Alemania sobre el hecho de que Bélgica conspirara con Francia e Inglaterra para invadir el suelo alemán. Y todavía esto resultará siempre más creíble que aquello».

El editorialista reconoce que en Méjico hay mayor libertad que en los Estados Unidos para exponer por la

Prensa las nuevas doctrinas sociales, pero ni teme que esto sea un peligro para el país vecino, ni cree que haga falta más que impedir la circulación de todas las publicaciones de ese carácter salidas de Méjico.

Reconoce así mismo que los yanquis han sufrido daños, al choque de las fuerzas oscuras desatadas durante la revolución mejicana. «Pero también les pasa eso—añade—a los mejicanos que viven entre nosotros. Nuestra historia de linchamientos no nos permite asumir una actitud moral ventajosa para hablar de los malhechores mejicanos». Además, si los yanquis han sufrido a causa de los desórdenes políticos de Méjico, «el mundo acabará por ver claro que no ha habido en Méjico un solo desorden durante los últimos nueve años en que los yanquis no hayan apoyado al elemento antigubernista. Si apareciera en la política de nuestro país un grupo extranjero pernicioso en igual grado, ¿sería posible que escaparan a la impopularidad o a los daños aun los miembros más inocentes de ese grupo?» Todos reconocerán, pues, que la única razón de la guerra es la codicia.

Pero hay más. A mediados del siglo XIX, los yanquis pudieron despacharse a su antojo en territorio mejicano. Hoy por hoy no sería lo mismo. «Nuestra vida nacional no se desarrolla ahora tan aisladamente como entonces. Nuestra suerte depende cada vez más de la buena voluntad de los otros pueblos». Y el articulista piensa con horror que el equívoco negocio mejicano concitaría a su nación la hostilidad de los prósperos pueblos sud-panameños.

La actitud de los obreros es la principal razón contra la guerra. En la

primer semana de Septiembre del pasado año (*The New Republic* no cita el dato, pero la noticia se publicó en toda su integridad en diarios como *The New York Tribune*) la «American Federation of Labour» declaró que, antes que a la guerra contra Méjico, se iría a la huelga general. Esto porque, como explica el artículo que venimos examinando, los obreros no ven qué relación puede haber entre su propio bienestar y el provecho de los explotadores del petróleo y las minas de Méjico. La perspectiva de la futura política de los patronos yanquis en Méjico no es grata a los obreros yanquis. Tampoco es grata a sus ojos la perspectiva de nuevas leyes de reclutamiento semiforzoso, de prohibición de huelgas y limitaciones al trabajo, de espionaje, etc., etc. El tiempo en que la guerra extranjera podía obrar como sedativo de las inquietudes internas parece ahora muy lejano. Invasión a Méjico es acaso desatar la guerra por las calles mismas de las grandes urbes norteamericanas.

Y ¿qué decir de la preparación del ejército? Como el único pretexto posible de la guerra sería el restablecimiento del orden y la supresión del bandidaje rural, no bastaría ocupar los puertos y capitales; habría que apoderarse hasta del último rincón del desierto y de la montaña. Y tras algunos cálculos, el articulista saca estas cifras: dos años de preparación bélica, para levantar medio millón de hombres por lo bajo. O sea: un gasto previo de dos mil millones de dólares; y, además, una sangría continua para mantener las tropas de guarnición y subvenir al aumento del ejército y la marina, aumento necesario desde el instante en que los Estados Unidos pasaban a la triste categoría de amenaza mundial. Esta sangría continua puede estimarse en quinientos millones de dólares anuales, o sea los intereses de otros diez mil millones de dólares. ¿Por cuánto tiempo? ¿Sabían acaso los soñadores imperialistas lo que puede durar la guerra con un pueblo duro, misterioso, que habita un territorio inmenso, lleno de insospechados abrigos y de zonas inexploradas? ¡Mal negocio, decididamente!

De la exposición de las opiniones anteriores—que tomamos como tipo entre muchas—resulta una consecuencia principal: la causa de Méjico ha venido a ser una con la causa de las reivindicaciones sociales en los Estados Unidos. Conviene, pues, que los propagandistas de las noticias alarmantes sepan bien para quien trabajan. Y conviene igualmente que los gobiernos de Méjico acierten a mantener la unión entre el interés nacional y el que ya es, en todos sentidos, interés de la humanidad.—ALFONSO REYES.

(España.—21 de febrero de 1920.—Madrid)



—Le advierto a usted, mi joven amigo, que yo nunca he gritado: «¡Viva nadie!»

—Lo comprendo, doctor.

(De Virgile, en *Pages Folles*)